

Juan Villegas Martín

La Pasión francesa

La Semana Santa de los viajeros francófonos

el paseo, 2022

© Juan Villegas Martín, 2022
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2022

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

Procedencia de las imágenes: Colección del autor y fuentes indicadas en sus respectivos pies.

1.ª edición: marzo de 2022

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Corrección: César de Bordons Ortiz
Cubiertas y maquetación: Jesús Alés
Impresión y encuadernación: Gráficas La Paz

I.S.B.N. 978-84-19188-00-7
DEPÓSITO LEGAL: Se-509-2022
CÓDIGO THEMA: NHT; WQ

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

On pourrait indéfiniment écrire sur les processions de la Semaine Sainte à Séville (...) Rien que le défilé nocturne dans la nef de la cathédrale avant le chant du Miserere est une vision formidable qui donne le frisson. L'immense puissance de l'Église au temps de l'Inquisition ne peut se comprendre qu'ici, auprès de ces chapelles aux grilles monumentales verrouillées comme des prisons (...) L'Espagne d'aujourd'hui n'est plus le théâtre d'aussi ténébreuses et dramatiques intrigues, mais elle a gardé à Séville l'armature pittoresque de cet extraordinaire passé. Alors que la standardisation américaine annonce au monde une uniforme commodité, mais la menace d'une uniforme banalité, Séville défend une tradition dont on peut, au point de vue philosophique, évangélique, rationaliste, à tous les points de vue, penser ce que l'on voudra suivant ses convictions ou ses habitudes mentales, mais à laquelle nul ne peut nier un caractère unique au monde.

RENÉ PUAUX, «La Semaine Sainte à Séville»
Le Temps, 27 de abril de 1929.

[Se podría escribir indefinidamente sobre las procesiones de la Semana Santa en Sevilla (...). Solo el desfile nocturno en la nave de la catedral antes del canto del miserere es una visión formidable que da escalofríos. El inmenso poder de la Iglesia en los tiempos de la Inquisición solo puede comprenderse aquí, junto a estas capillas de rejas monumentales cerradas como cárceles (...). La España de hoy ya no es el teatro de tan tenebrosas y dramáticas intrigas, pero ha conservado en Sevilla el armazón pintoresco de este pasado extraordinario. Mientras que la homogeneización americana anuncia al mundo una comodidad uniforme, junto con la amenaza de una uniforme banalidad, Sevilla defiende una tradición de la que, desde el punto de vista filosófico, evangélico, racionalista, desde todos los puntos de vista, se puede pensar lo que se quiera según las propias convicciones o hábitos mentales, pero a la que nadie puede negar un carácter único en el mundo.]

Contenido

1. MIRANDO DESDE EL OTRO LADO	• 11
2. VISIONES DE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX	• 21
3. QUIEN NO HA VISTO SEVILLA... (1855-1874)	• 69
4. IMPRESIONES VIAJERAS EN TIEMPOS DE LA RESTAURACIÓN	• 97
5. TURISMO Y TRADICIÓN A FINALES DEL SIGLO XIX	• 151
6. VIAJEROS, ESCRITORES Y PERIODISTAS EN LAS PRIMERAS DÉCADAS DEL SIGLO XX	• 199
7. VISITANDO SEVILLA EN EL OCASO DE LA MONARQUÍA	• 255
8. ¿TRADICIONES QUE MUEREN? LOS AÑOS REPUBLICANOS	• 319
9. MIRADAS FRANCÓFONAS EN LA POSGUERRA Y LA DICTADURA	• 369
10. DE RAMOS A PASCUAS. EPÍLOGO	• 427
BIBLIOGRAFÍA	• 429

1. Mirando desde el otro lado

En los días previos a la Semana Santa de 1987 tuve la ocasión de visitar la iglesia sevillana del Salvador en compañía de tres profesores franceses. Era uno de esos días claros en que Sevilla presume de todos sus encantos bajo el azul de un cielo esplendoroso, un día de esos en que por cada esquina y por cada plaza se siente correr la savia que nutre la vida de la ciudad. Se preparaba la Semana Santa con el afán febril que en este tiempo de vísperas anuncia la cercanía de la fiesta deseada. Una de las puertas laterales de la parroquia estaba abierta y no desaproveché la ocasión, pues sabía que a esas alturas estarían ya los pasos casi montados; sin decirles nada de lo que iban a ver, invité a mis acompañantes a entrar. Me quedó muy grabada su exclamación al penetrar en el templo y contemplar, en la penumbra de las naves, aquel espectáculo insólito para sus ojos: «Que c'est beau!». Qué hermoso.

Creo que entonces no supe calibrar en su justa medida lo que encerraba aquella emocionada expresión. Tal vez por aquel tiempo yo desconocía aún muchas de las claves que permiten acercarse a la comprensión de la Semana Santa. Fue más tarde cuando, presenciando y sintiendo la fiesta mayor de Sevilla, leyendo y recopilando cosas sobre ella, llegué a apreciar la intensa fascinación sentida a lo largo del tiempo por el mundo intelectual francés —francófono en general— hacia la ciudad del Guadalquivir y hacia sus manifestaciones festivas. Poco a poco fueron cayendo en mis manos libros, imágenes, artículos o reportajes que evidenciaban esta indudable atracción, transmitida con una gran diversidad de enfoques por los viajeros del siglo xix y deslizada frecuentemente en su literatura como motivo inspirador. Y desde ahí transferida a los innumerables escritores, periodistas, clérigos, autores de guías de viajes y tantos otros estudiosos que a lo largo del siglo xx llenarían cientos de páginas, encabezadas casi siempre por un titular parecido: «La Semaine Sainte à Séville».

Uno de estos escritores, el bordelés Louis Émié¹, sintió también la punzada de la belleza entre las sombras y las luces de la iglesia del

¹ ÉMIÉ, Louis (1991): *Espagnes*. Castelnau-le-Lez. Éditions Climats. Como norma general, y por economizar en el aparato crítico, se entiende que los entrecomillados a

Salvador, como mis invitados de aquella soleada mañana en Sevilla. Corría por entonces el año 1950 y —según él mismo nos relata— el poeta deseaba acercarse a los pasos, tocar con sus propias manos los grandiosos mantos bordados de las vírgenes. Allí, entre ese «vértigo delirante de columnas, de nubes, de angelotes rollizos»², junto a esa apoteosis barroca que en forma de avalancha de oro recubre el altar mayor, Émié se dejaba maravillar por la belleza de lo extraordinario, por la hermosura de aquello que fue hecho para sublimar la realidad cotidiana. Cuando finalmente sus manos acarician los hilos de oro y el terciopelo que sobresale de los palios, el poeta exclama: «¿He tocado alguna vez nada más hermoso?»³. Toda esta admiración estaba también presente aquella mañana de nuestra visita al Salvador. «Que c'est beau!». No se trataba sin más de un comentario ponderativo. En la mente de mis compañeros franceses operaba todo un acervo cultural previo, la proyección de una imagen de España como tierra misteriosa y legendaria, una visión de Sevilla como ciudad en que arte e historia han sabido retener de alguna manera el tiempo.

Pero no siempre nos resulta fácil, sumergidos en la corriente de la vida diaria, apreciar en su justa medida el sentido de esta belleza. A veces los árboles no dejan ver el bosque. Desde su privilegiada atalaya del alcázar, decía Joaquín Romero Murube que los sevillanos que no salen de Sevilla nunca llegan a tener conciencia exacta de su ciudad⁴. Alejarse un poco, ver desde fuera, es su receta para sentir «el goce de ciertas presencias» que de otro modo permanecerían ocultas incluso a los ojos más cercanos. Se hace preciso, pues, un ejercicio de alejamiento, de perspectiva, que es justamente lo que nos ofrecen los relatos de los viajeros que tratamos en este trabajo. Su mirada, laudatoria o detractora, admirada o incomprensiva, tiene el valor esencial de que se proyecta desde el otro lado, situándonos a veces ante una realidad diferente de la que creíamos poseer. Muchos y diversos son los ejemplos que nos ofrecen la historia o la literatura sobre el valor de la perspectiva en el acercamiento a la realidad de un país, de un territorio, de una ciudad. Es la búsqueda de esta perspectiva, la constatación del

los que no acompaña una nota específica corresponden a las obras citadas del autor o fuente documental de que se esté tratando en cada momento del texto. Para facilitar la lectura, la mayor parte de estos entrecomillados se insertan traducidos al español, indicando en nota al pie su forma francófona originaria.

² «vertige délirant de colonnes, de nuages, d'angelots joufflus».

³ «Ai-je jamais rien touché de plus beau?».

⁴ ROMERO MURUBE, Joaquín (1938): *Sevilla en los labios*. Reedición en 2001. Sevilla. Biblioteca Hispalense ABC.

relativismo de las cosas, de la diversidad de las sociedades humanas, la que guiaba a Michel de Montaigne cuando en pleno siglo xvi se interesaba por la visión que unos indígenas brasileños exponían en Rouen sobre las costumbres francesas. La misma que Montesquieu quiso poner en las figuradas cartas que sus personajes orientales, visitantes de París, escribían a sus amigos en Isfahán contando sus impresiones sobre los extraños usos e instituciones occidentales.

Pero si aquellas cartas persas formaban parte de la ficción literaria dieciochesca, será sobre una realidad más concreta y palpable sobre la que asienten sus bases los relatos de los viajeros, una especialidad que alcanzará su madurez en el que algunos autores han denominado el siglo de oro de la literatura de viajes, el siglo xix⁵. Despegándose poco a poco de ciertas intenciones moralizadoras o didácticas que pueden encontrarse en los relatos anteriores, los viajeros decimonónicos anteponen a todo el deseo de conocer otros lugares —algunos muy lejanos, otros cercanos pero simplemente olvidados del interés común— y por lo tanto otras sociedades. El viaje se impone como instrumento primordial para el conocimiento, propicia el contraste de ideas y dispone la mente a la apertura de miras. El pintor francés Eugène Gallois, viajero infatigable en las décadas finales del siglo xix, fue testigo privilegiado de este desarrollo del gusto por el viaje en sus compatriotas, descubriendo en ello tanto el propósito de la distracción como el verdadero deseo de ver y experimentar nuevas cosas⁶. Pero no hay que olvidar que la experiencia de otras realidades, humanas y geográficas, pone también al viajero ante la necesidad de enjuiciar bajo parámetros objetivos a la sociedad propia y a las propias costumbres.

Desde antiguo la imagen de España se había incorporado al imaginario colectivo francófono como la de un país de fascinación y misterio. Pero los temas españoles se convierten en el siglo xix francés en una verdadera moda que no se limita al relato de viajes; podemos verlos ocupar plaza de privilegio en la novela histórica, en la novela negra, en el cuento fantástico o en la poesía⁷. En este florecimiento es sin duda determinante la rica historia hispana, cargada de

⁵ BAYNAT MONREAL, Elena (2005): «España: espacio real e imaginado». En Sirvent Ramos, A. (ed.): *Espacio y texto en la cultura francesa*. Tomo II. Alicante. Universidad de Alicante, pp. 659-675.

⁶ B(ibliothèque) N(ationale) de F(rance), gallica.bnf.fr; GALLOIS, Eugène (1899): *Excursion dans la péninsule ibérique: Espagne et Portugal*. Paris. Société d'Éditions Scientifiques et Littéraires, p. 5.

⁷ GALANT, Ivonne (2018): «Le tourisme littéraire à Séville: exotisme, identité, marketing». En *Téoros* [en línea] n.º 37, 1. Consulta 24-12-2018.

leyendas caballerescas y de tradiciones guerreras que los románticos, en su mirada retrospectiva a la Edad Media, se encargaron de exaltar. Todo ese poso histórico permanecía presente en la sociedad española con mucha más fuerza que en Francia, donde la Revolución de 1789 —sumada a los nuevos procesos revolucionarios del siglo XIX— había redibujado la faz del país sobre bases contemporáneas. Por el contrario, el secular retraso en la evolución sociopolítica española había permitido conservar aspectos que en el resto de Europa no eran ya más que el eco de viejos recuerdos. Además, un rasgo propio de la historia de España seducía sobremanera a los visitantes franceses: la pertenencia del territorio español durante siglos al imperio islámico, tan ajeno al mundo cultural galo. Esto confería al viaje al sur de los Pirineos un tinte orientalista irresistible para cualquier viajero francófono de la época. España ofrecía, por lo tanto, un mundo singular, diferente y desusado, donde era posible hallar aún el pintoresquismo y el «color local» que ya se habían esfumado en tantos otros territorios europeos.

Uno de los efectos de esta fascinación por lo español o por lo andaluz es la aparición del tópico, la idealización generalista innumerables veces repetida e indiscutida, aunque pocas veces contrastada. Los estereotipos creados por los primeros viajeros configuran un paradigma de imágenes preconcebidas que cada nuevo viajero intentará corroborar en su visita. Con mayor o menor grado de crítica, y en ocasiones con casi ninguna, estas imágenes se perpetúan hasta moldear una determinada visión del territorio y de sus habitantes. El peligro del tópico es advertido ya por autores tan reconocidos como Théophile Gautier, quien nos recuerda que todo hombre, sea o no poeta, escoge algunas «patrias ideales» que puebla con sueños y palacios imaginados sugeridos por sus lecturas, por los grabados y mapas que ha podido ver⁸, o incluso por la simple eufonía de un topónimo que se repite cálidamente en su cabeza. Se crean así los estereotipos, a veces producto de injustas generalizaciones y en muchas ocasiones alejados de la realidad, que circulan de libro en libro y de boca en boca. Por eso múltiples viajeros hablarán, a veces incluso antes de haberlas conocido, de la Andalucía gitana, de la arrebatadora belleza de las mujeres sevillanas, de los ancestrales asaltos de peligrosos bandoleros o de la maravilla de unas ciudades todavía casi moriscas. Sevilla, presentada como modelo sublime de la realidad andaluza, es para Gautier una de esas patrias ideales de las que todo el mundo habla y que a todo el mundo seducen.

⁸ ANDRADE, Anselmo de (1923): *Viagem na Espanha*. Coimbra. Coimbra Editora Ltda., p. 272.